

·rLA
LETRa
D e P L O //
JMO

DIÁLOGO Y NARRACIÓN
de

Lavandera
Blanca*
Editores

Lavandera
Blanca*
Editores

•rLA
LETRa
D e P L O //
JMO

DIÁLOGO Y NARRACIÓN

de

cómo se descubren
las cosas que escribían
los signos secretos de
maese Nicolás, punzonista,
fundidor de letras
y fabricante de libros
a la manera mecánica,
en cuyas hojas ilegibles
se le reveló al niño Fabio
el prodigio de la lectura.

Lavandera Blanca* Editores

·rLA
LETRa
D e P L O //
TMO

DIALOGADORES:

Fabio (·r)
Maese Nicolás (-r)
Ana (w)
Manzaneque (r)
Sonseca (f)
Fray Illán (N)
Fray Lillo (J)
Talavera (eI)
Almaguer (b)

Se contienen a la vez
los muy ignorados
pormenores, aunque de
sumo interés, con que
se concibieron las letras
que hoy sirven al lector y
los avatares que padecieron
los primeros fabricantes
de libros, y entre todo
se citan pensamientos desiguales,
como las dificultades de
averiguarse dónde se ocultan
la inocencia y el engaño,
las razones imprecisas
de la lealtad y la traición,
el bálsamo de la lectura y
la escritura contra
las arremetidas de
la intolerancia, y le cabe
a la obra un punto de amor
ingenuo, mas sincero
en grado extremo.

M. M. IV.

*Compuesto
en tipo
Bembo
e impreso
en papel
ahuesado.
Del autor
todo se
olvidó.*

UN DIÁLOGO

*En la industria de escritura de maese Nicolás.
Una mañana. Después de pasar lo que luego seguirá.*

(-I) Fabio, ¿qué te ocupa con tan admirada intención? (·R) Maestro, compongo un nombre con vuestras letras de plomo. (-I) ¿Ana? Tres letras. Y dos iguales. ¿Aún guardas el recuerdo de aquella niña, Fabio? De la persona que lo gasta, en el nombre nada suele hallarse. ¿No te complacería más pensarla a tu lado, como si su presencia te contestase al evocarla? (·R) ¡Oh! ¡Maese Nicolás, solo deseaba componer su fácil nombre y admirar las figuras que lo escriben!

LA
LETRa
DePLo//
ToMO

DIÁLOGO Y NARRACIÓN

L O T E N T Ó S U F A C U L T A D
I N G É N I T A P A R A D E M O S -
T R A R L A S V E N T A J A S D E

la lectura en las disputas de la vida. Las letras que nos escribió sobre el blanco papel, surgidas de una doble línea en un alarde de experto calígrafo, se me manifestaron como una nueva manera de leer, hasta entonces insospechada. A la vieja cocina del monasterio que maese Nicolás mudó en escuela templaban el ánimo del fogón y nuestra algazara infantil. Durante la mañana su generoso magisterio volvería a aliviarnos el vacío de la orfandad con una emocionante demostración de

su mirada irregular, que solía buscar promesa y expansión en las minucias del mundo con el propósito de mostrárnoslas después en dictados rebosantes de entendimiento e invención. Una vez que maese Nicolás contó a todos los niños y supo no faltarle ninguno, prometió escribirnos un abecedario, lección de escritura que rebasaría de largo la emoción de sorpresas anteriores. Signo tras signo le vimos escribir como ninguno de los huérfanos presentes imaginábamos que cabía a la escritura de las letras, a las que resolvió en el papel como figuras de solos contorno y vacío. Ni el asiduo trato con los tipos de plomo en la fábrica de libros me desveló que podían escribirse las letras mediante un gesto que les cerraba el perfil y trazaba a la vez su elemental figura, vacías de la negra tinta de los libros o de la brillante pieza de metal que componía prietas líneas de escribir en la prensa. Con la mudanza de propósitos y años la escuela de huérfanos invirtió la intención que la originó, pues si de primeras maese Nicolás se disimuló con ella ante la persecución y condena que el Santo Oficio descargaba contra libros y escritos de dudosa índole, no menor verdad había en que lo alimentaba el deseo de enfrentarse al desamparo de los niños con el beneficio de la instrucción, única fuente de razones que nos adecentaría la vida con la esperanza de un porvenir posible. Según

los años ganaban a maese Nicolás, los alumnos de la casa de huérfanos se le hacían un motivo de la vejez que compartió con su mayor y único oficio, el de fabricante de libros a la manera mecánica, una aventajada técnica de escribir alumbrada unos años antes sin ruido ni aviso, y que si bien albergaba en su entraña la infinita posibilidad de la historia pendiente por vivir, en los inicios apenas se tomó la innovación como oportunidad y oficio de artesanos que se daban a la copia de libros con inusitada prisa. Los primeros fabricantes de libros opusieron al espacioso gesto de los copistas manuales la completa escritura de la hoja en un solo golpe de sus prensas, que apretaban el papel sobre letras o tipos de metal compuestos en el orden de la lectura, y antes entintados en proporción y densidad acordes. Maese Nicolás y aquella innovación parecían haber sido alumbrados en una misma seminal idea, según certificaban la destreza de este artesano punzonista en el tallado y fundición de tipos y la iluminada elegancia de componedor que exhibían las hojas tiradas en su prensa. Mientras la vida se lo consintió, maese Nicolás se entregó a la fábrica de libros y lectores. Pero su manera desatada de aplicarse en ambas artes lo distinguió gracias a su confianza perpetua en la lectura, a la que llamaba corazón del alma y a la que, nos aseguraba, alentaban las letras con la sor-

presa y el tesoro de las palabras. El día que maese Nicolás escribió para nosotros el abecedario con una caña de dos puntas volvía a tentarlo la íntima admiración de la forma de las letras y su deseo de compartir con todo lector ese mismo admirado afecto. Desde unas semanas antes nos instruía a los niños del orfanato del monasterio de Santa Urda en los entresijos de la lectura. Buscaba que recordáramos las letras y la voz que las distinguía, requisito para el cual nos abasteció con sugerentes hojas fabricadas en su grande prensa de escritura mecánica, y en las que se apuntaban rimas sencillas y canciones de infancia que maese Nicolás nos recitaba mientras le suponíamos el hilo de voz en la caprichosa diversidad de los signos que nuestra mirada seguía a través de la hoja. A la estrechez de nuestra vida la lección nos enriquecía mediante una promesa de permanente ganancia. No dejaba de repetir a los huérfanos que la lectura poco tardaría en premiarnos con una incesante provisión de consejos y deleites. Pronto maese Nicolás nos enseñaría además a escribir nuestras primeras letras y él se prestó a hacerlo antes para nosotros. Nos convocó en torno a la única mesa del aula, si le cabía ese nombre, provista para el propósito con útiles de escribiente y papel de molino sin escritura de fábrica, y se dejó circundar por una mirada de común expectación similar a la que nos

unía en los juegos de apuesta del orfanato. Dudo que instructor alguno haya compartido su magisterio con el arte del tallado de letras y la fundición de tipos. Y aseguro que lección ninguna exhibiera antes o después al alumno una tan singular manera de apreciar las letras como la que maese Nicolás nos mostró aquella mañana. Durante la juventud lo destacó su maestría en la talla y el grabado de nobles metales, primero como orfebre aventajado y luego como punzonista de tipos, piezas laboriosísimas donde las manos le convertían en signo y filigrana el antojo de la voluntad. Con una igual destreza se industrió ante nosotros un extraño útil que al cabo devino en herramienta de escritura. Quiso antes descubrírnos de qué se compondría el sobredicho utensilio, por lo que maese Nicolás nos tendió sobre la mesa dos rectas y luengas cañas escogidas para el momento el día anterior. Luego de rebajarles unos salientes nudosos las cortó para que no pasaran más de un palmo, dejándose en ambas muy cabaes grosor y longitud. Segó dos extremos con oblicuos cortes, uno en cada caña, cuya dureza exigieron fuerza y precisión. Con el mismo cuchillo maese Nicolás retiró la médula descubierta y se terminó la obra afilando el extremo ya biselado hasta prepararse una estrecha punta, en la que abrió la última incisura, un corte vertical por donde luego se retendría el consis-

tente flujo de tinta. El resultado lo satisfizo, de tan conformes que parecían ambas piezas, por lo que buscó en el bolsillo un hilo de bramante llevado allí con el fin de ceñir las dos cañas, de largo a largo y a nivel los extremos, unión de la cual las puntas resultaron coincidentes al apoyarse el asombroso utensilio sobre el papel. De aquella suerte de instrumento, si la mano dejaba escribir a una punta, la otra podía hacerlo a la par cuando con tal intención lo deseaba el escribiente, dejándose en el papel dos líneas con un solo gesto, de exacta e inevitable distancia entre sí, como huellas de carro cuyas ruedas entintaran el camino. Nos retenían en torno a la mesa la decisión infalible de sus manos y el verbo sugerente de maese Nicolás, que nos anticipaba un día próximo en el que rendiríamos para siempre el esfuerzo al que temíamos enfrentarnos con las primeras prácticas de escritura, pues toda la intención volcada en los gestos de la mano se mudaría en hábito involuntario con el ejercicio de la expresión escrita, gracias a la cual nos prometió a todos la fortuna de permitirnos solicitar el favor de una conciencia ajena, compartir con ella una ocurrencia propia o confesarle una secreta pasión. Hasta la fecha nos había guiado entre los pormenores del abecedario armándose de una tabla de madera cubierta de abundante capa de cera y sobre la que trazaba las letras

mediante una punta o clavo de metal, trazos desprovistos de contornos y detalles, meras líneas y ángulos, signos elementales de la voz que maese Nicolás nos hacía repetir como en un coro de unánime infortunio. Tras tantearla en el papel y cuando creyó útil la doble caña, maese Nicolás nos participó que encontraríamos en la vida desiguales métodos y gustos de escribir, uno de los cuales escogía aquella mañana para nosotros y con el que de seguida nos apuntaría signo junto a signo el muy urgente abecedario, la mejor prevención contra los errores de la vida, así nos dijo, en una lección de escritura con la que pretendía ilustrarnos que la letra parte en dos su naturaleza única, como voz o sonido del aire y como figura o tangible imagen. Y esta última nos la apuntó sobre el papel y la memoria con sobrada habilidad de experto tallador de tipos, para quien la escritura no era sino una bella arte de contornos. Las letras que maese Nicolás comenzó a escribirnos se doblaban por exigencia del instrumento de escritura y su doble punta, resultando que no nos marcaba el trazo elemental que conocimos días antes en la tabla encerada sino el nítido contorno del signo, una doble raya que, según la mano se cruzaba o volvía, en un giro se hacía interior y en el siguiente un perfil externo, y entre ambas líneas aparecía el vacío del blanco papel y el cerrado perfil con el que las letras

ganaban su figura y tomaban consistencia de objeto, tangible imagen como arriba se dijo. Y al paso que maese Nicolás escribía, olvidábamos el abecedario de palotes de niño que empezaba a insinuarse en nuestra noción y descubríamos la riqueza del mismo abecedario cuando se percibe como una solvencia física, no solo representación escrita de la voz, sino figura del entendimiento y cuerpo de la palabra. Desde un tiempo atrás, escogido entre la provisión amorfa del orfanato, disfruté la oportunidad de conocer los tipos de metal que consigo trajo la fábrica de escritura de maese Nicolás, a quien la fortuna y la voluntad de los frailes dominicos me cedieron como aprendiz. En su novedosa industria había pesado de sobra la consistencia metálica de las letras de plomo y la solidez inevitable de los moldes de composición, entintados bloques de numerosas y apretadas letras que anticipaban los textos luego escritos en blancas hojas. Pero nunca antes de conocer el abecedario que maese Nicolás nos dejó en aquella lección me fue afirmada con tan impregnada certeza lo que presentía mi juego infantil de atesorador de figuras. Ya entonces me cabía imaginar una lectura que ganaba deleite y razón con el común encuentro del lector y el contorno de lo escrito, un gozo del entendimiento al que la vista instruye con la aprehensión de la forma de las letras. De estas

razones se llena la obra que ahora inicia el lector, al que se le cuenta en aparejada línea, como aquella que los huérfanos alumnos vimos escribir con doble punta a maese Nicolás, la fingida lección con que este esquivó la amenaza de quienes elevaban su poder contra la esperanza inmensa prometida en nuestro reciente oficio de fabricantes de libros. Me cubre el acopio de años vividos desde aquellos originales sucesos, mas no vence al recuerdo el peso de los libros que durante siglos fabriqué sino la ignorancia que hoy se dedica a nuestro esfuerzo. A la primera industria de escritura mecánica de maese Nicolás sucedí hasta hoy, cuando un nuevo tiempo ya me vence. Hace siglos viví una época escrita en papeles de molino con el tacto de la piedra y el color del humo limpio. Aquel tiempo se me aprieta hoy en la memoria como líneas de buril de las que perfilan la marca de viejos fabricantes de libros metidos a negocio de librerías, cuando las hojas que nuestras prensas tiraban se proveían de un margen incólume para el solaz de los dedos, los lectores ayudaban para abastecerse de títulos libres de la vanidad del autor y los autores se distinguían en la plaza por su buena puntería en duelos de honor. Serví largamente a un oficio rendido a la urgencia de la lectura, y cuya dignidad histórica se guardó hasta hace poco en negros pozos de tinta abiertos en el ojo de las letras de plomo.

Si recogiera el espeso sobrante que durante siglos enlodó los perfiles y ángulos de mis gastadas letras, dispondría de tinta para llenarme las vacías venas y escribirme una vida más, vivir una mejor época y con negro júbilo entintar los moldes de plomo que compusieran las primeras hojas donde de nuevo aprender a leer. Una vez que maese Nicolás me instruyó en el abecedario, el dominio sobre los signos de escribir me permitió sumar virtudes al grado de aprendiz. Pronto supe fijar en letras de metal las líneas manuscritas que componían las lecturas del momento, que antes de multiplicarse en la prensa nos llegaban apuntadas con pluma o caña, única escritura que guardaban armarios y cofres en la fecha que nos alumbró. De sencillas líneas salté a componer párrafos completos, de punto a punto, y luego ilustres hojas en las que adornos y gracias se exhibían donde el lector los merecía. Como maese Nicolás, me hice fabricante de libros. Y mi destino sucedió su original obra, sin duda insuperada, como el lector sabrá después. Durante siglos mis prensas copiaron todo género de obras, desde minúsculos breviarios hasta enciclopedias inagotables, tratados de fe o ciencia, gramáticas y lecciones de magisterio, diálogos de escena para aplaudir y poemarios con exuberancia de paraíso. Con aquella técnica servida mediante moldes de plomo compuse un tiempo denso de

cinco siglos en los que apilé los años de mi vida, unos encima de otros, con el orgullo del oficio al que el olvido rinde en la estampa de cansancio y decepción de los libros viejos que nadie desea leer ya. Las prensas de madera, ni falta hace escribirlo, no sirven hoy al fabricante de libros. Tiempo atrás las superaron más nuevos alardes, y al presente nuestras viejas letras de plomo se mueren de lástima. Pero si se me concediera, con mis desusadas prensas vueltas a punto de nueva fábrica, la primera obra con que ocuparlas sería compuesta con la más perfecta letra que un punzonista como maese Nicolás anheló fundir, ese signo ideal que muda su forma según conviene al tono de lo escrito, pura recreación para el lector de veras. No fue imaginada la sobredicha mención al pozo de tinta que alberga la letra de plomo. En la misma industria de escritura que instaló en nuestra ciudad, maese Nicolás se aparejaba los utensilios del tallado y la fundición de tipos, comprendidos su caja de limas y buriles, moldes, cazos y un hornillo donde soplar el vivísimo fuego. Cuando al oficio se le demandaba un nuevo tipo para las grandes letras de títulos o entradas, el ansia de perfección de maese Nicolás le sugería hundir minúsculas cavidades o presas en el justo centro de las esquinas de la letra metálica, donde un certero golpe de su finísimo cincel labraba el pozo que bebería el residuo de

tinta del molde, conservándole al ángulo escrito en la hoja su afilada exactitud. A quienes escribían los libros a mano rindió la letra de plomo, pues ni todo un escritorio de amanuenses igualaba en prontitud y precisión una sola de nuestras industrias de escritura, con cuyas recias prensas se redoblaba la hoja escrita, exacta en cada copia, con una precisión despiadada que ofendía la caligrafía secular de los copistas manuales, cuyo esmero de convite se vertía con mayor o menor alarde según dictaba el privilegio de la obra, fuera por la estima del texto que se copiaba o cobrado a la dignidad de la biblioteca donde se alojaría una vez concluida. Pero la letra de plomo se cedía a la lectura en líneas tensadas con distancias y longitudes cabales, conforme a la dimensión regular del signo, que nada difería de uno a otro libro, fueran estos para la oración de intensa experiencia o para alborozo consentido en una trama de gresca y burla. Con la nueva escritura mecánica, los libros ganaban en igualdad lo que sus hojas perdieron de privilegio. Y si hasta la más gloriada firma mudaba con nuestra técnica en nombre ordinario, igual cierto fue que gracias a esta se desanudaron de irreversible modo las oportunidades de la lectura, más fácil y próxima a partir de la fecha, tan a mano de todo género de gentes, que ninguno entre quienes nos iniciábamos en la práctica y el dominio de la nueva téc-

nica de escritura sospechaba que el alba de la historia se apuntaba en nuestros primeros moldes de plomo. Hubo quienes se opusieron a tan universal alumbramiento, visto que nuestro oficio amenazaba su preferida oscuridad. Con qué secreta composición de intenciones los burló maese Nicolás trata lo que adelante espera al lector. No me faltó emoción, a pesar de la oscura y fría regularidad del metal, cuando maese Nicolás consintió enseñarme a componer mi nombre en letras de plomo. Como quien descubre una verdad supuesta durante largo tiempo, mi presencia tomó celebrada confirmación en cinco formas despegadas y compuestas al revés: oibaF. Una presión sobre aquel molde entintado y mi nombre se escribiría una vez y ciento y mil después, como en una multiplicación de espejos de papel. Y la intimidad que solo a mí cabía asegurar se confirmaría para muy abundantes lectores. El signo de plomo fijaba al fin en una exacta forma el vapor del sonido y la vacilación de la mano, daba universal figura a una voz o un gesto que se desvanecían al poco. Pero un cambio discreto en la forma de las letras que componían mi nombre lo revestirían de duda. Una más drástica alteración y desaparecería ante el lector, como una palabra que se muda en secreto rasgo. La incertidumbre del signo sorprende al lector y dificulta su lectura hasta convertírsela en un esfuerzo

vano. Las primeras letras que hube de leer en mi vida se escribieron con la apariencia hermética de los signos secretos, palabras ilegibles para cualquiera salvo maese Nicolás, cuya voluntad recóndita se le cruzó con la maestría de tallador concediéndose el privilegio de crear un secreto abecedario solo para sí, con las mismas satisfacción y primacía que a otros justificaba levantar en torno a la ciudad una inviolable muralla. Envueltos en el más cerrado misterio frente a quien pretendiera la lectura de los signos que maese Nicolás escondía, me enfrenté a ellos y los superé leyéndolos. No me sumaría la edad una docena de años, huérfano sin instrucción ni ventaja, convocado ante al Santo Oficio en una prueba de confesión crucial que exigía la inocencia del fabricante de libros y sus letras de privilegio, hermosas y a la par impenetrables, de inusual figura estrellada sugerente de haberlas concebido maese Nicolás con propósito de guardarse en lo escrito una muy indecible verdad.

PRIMER (I) DIÁLOGO

y NARRACIÓN

Intervienen

Manzaneque (Œ)
Fabio (•Ŧ)
Maese Nicolás (•I)

Fabio y Manzaneque encuentran el tipo de plomo que busca maese Nicolás. El maestro advierte a Fabio sobre la relevancia de las letras de plomo, de las que anticipa ser causa de un nuevo mundo. Al cabo, maese Nicolás muestra a Fabio un extraño signo, de inusual y hermosa figura, al que guarda como secreto.

En la industria de escritura de maese Nicolás. Una mañana.

(Œ) ¡ F A B I O ! ¡ F A B I O ,
E S P A B I L A ! ¿ V U E L V E N
A E N T R E T E N E R T E

las letras de maese Nicolás? Algún día me participarás qué valiosa rareza das a esas figuras con las que se te pierden mejores negocios. Dirán que por pelón y falta de plata te maravillas con el plomo de las letras. ¡Apúrate, Fabio! A maese Nicolás lo enoja Sonseca un día más. (•Ŧ) ¡Oh! ¿Qué pasó, Manzaneque? Hallé una letra sobre la mesa de componer. (Œ) ¡Pues maese Nicolás se desvive por ella! El oficial desatinó de nuevo al devolver a la

caja los tipos de plomo. ¡Y va a vez por día que enreda las letras desde primeros de mes! Maese Nicolás se come sin masticar a Sonseca pues lo detuvo su desarreglo mientras componía el nuevo molde. Varias líneas contaba y al comenzarse la siguiente el maestro dio con tipos en cajetines confundidos. ¡Una provincia nueva que conquista el oficial para su soñada gloria! A este calvo le relucen las mejores ideas fuera de la sesera. ¿Tan difícil resulta distinguir las letras, Fabio? (•) Sonseca las conoce. Pero se confunde al guuu...uardarlas. (L) ¡Y aun así escribe y lee! A las letras y otros signos señala por su nombre. Sin esa suerte no mandarí­a un botón sobre nosotros, como pretende de continuo este maestro de los torpes. ¡Por cada letra que conoce, una coz le firmaría yo! (•) ¡No te apures, Manzaneque! Nada te impide devolver las letras donde maese Nicolás agradece encontrárselas. (L) Fabio, lo que cuentas apunta a lo imposible. Si cumples en penitencia, ¿con qué gracia te absolverá el pecado? Si ninguno sabemos leer, dudo que disfrutemos escribiendo. ¿Por un caso distingues qué letra se olvidaron sobre la mesa? ¿Conoces tú su nombre? ¡Ea! ¡No me lo digas, Fabio! ¡Maese Nicolás se nos viene con el gesto desarreglado! (•) ¡Mala hora! ¿Qué distrac-

ción se justifica? ¿Qué debaten estos doctores que apartaron su ocupación hacia inútiles atenciones? Presumo que no disputaréis entre vosotros por velar la noche aliviándonos las fatigas de mañana. ¿No queda papel por tender a secar? ¿Se batió la tinta que reposa en el cacillo? Manzaneque, ¿habrá de venir uno de los que cruzan la plaza para cubrirte la tarea que abandonas? ¡No lo esperes! Marcha y cumple como si se te cociera la última hogaza en el horno. ¿Y a ti, Fabio, qué te distrae? ¿No atinas en dónde ocuparte, con tanto pendiente como te rodea? (•†) Encontré uno de vuuu... uestros tipos de plomo. No lo abandoné pues os conozco el apuro cuando sucede. Esta letra vi componerla en algunos comiii...ienzos de la hoja. (†) Acércala, Fabio... Por rico botín tomaré este encuentro. ¡Una ce capitular! Su corto uso en la escritura es inverso a su notable valor. No conozco obra ilustre a la que no principie una insigne capitular. Fabio, estas preciosas letras demuestran el provecho que al lector se cede con nuestro oficio. A la mirada guían en la hoja y el lector anticipa en ellas la recreación que de seguida se le tiende en la lectura. Para hermohear la blanca hoja perfilé con rica filigrana estas pesadas piezas, entre capricho de cinceles y signo de escritura. La capitular perfecta

mudaría su figura según principiara uno u otro texto. (•†) ¿Mudarse la figura...? (¬†) Es un ideal, Fabio, un sueño de punzonista. No esperes esa forma mudable en libro ni hoja. De plomo no valdría haberse fundido pues se tendría por sustancia intangible, espíritu de la forma, que se trasmutaría en la visión con imperceptible cambio, según el lector cubre las líneas escritas. Si fuera esta pieza de plomo que me devuelves, la forma que ella estampa en el papel sería una entre innúmeras, todas posibles y ciertas, y a cada forma cabría una palabra digna de merecerla como ninguna otra. Mas no es el caso de nuestros tipos de plomo, a los que solo el fuego desharía la figura que al lector permite disfrutar su libro. Fabio, escúchame las palabras y en cada una imagina este signo capitular. Campana, capricho, clemencia. ¡Constantinopla! (•†) ¿Y esa? (¬†) Una excelsa ciudad, Fabio, coronada de gloria en el pasado y hoy oscurecida bajo sus propias cenizas... ¡Corona, ceniza! A tales palabras inicia el signo que has hallado. Toda letra abandonada resta esperanza al porvenir. Algún día medirás en su exacto valor cuánto se habría perdido si no hubieras dado con esta letra o, apareciéndosete al alcance de la mano, despreciaras su enorme beneficio. Fabio, déjame decirte. Pronto esta

menuda pieza de plomo cambiará el mundo que habitamos. (•†) ¡Oh! ¿El mundo? (¬†) ¿Has disputado batallas en las que aderezabas cantos, tabas o palotes en alineadas formaciones, como infantes de ejércitos fronteros en tramas infantiles? ¿No se te ocurrió la imaginaria conquista de una ilustre plaza o valioso puente solo levantados en tu secreto juego? La hermosa letra capitular por ti recuperada de infames olvidos pertenece a una valerosa milicia que ya dispone sus líneas antes de enfrentarse a la historia. Igual que tus infantiles conquistas precisaban la formación de las piezas del juego, tal están arregladas las fuerzas que invertirán el signo de todo tiempo conocido. Capitanes de marcado perfil, animosos jinetes de valor creciente y una nutrida selección de infantes de diversa figura aseguran la victoria del nuevo signo. Las suertes de la gran caja de letras del mundo han sido formadas. La historia será escrita de nuevo. ¿Me entiendes, aprendiz? (•†) ¡Oh! ¡Lo intento! Pero no llego a seguiros. (¬†) Me disculpo en tu lugar, Fabio. No inclines tu cabeza con avergonzado gesto. Cualquier sentado juicio acepta que tu temprana edad no se obliga a comprender alegorías imperfectas. No refería ejército como los que ocupaban tu figuración entretanto me escuchabas,

a buena fe creo compuesto por oficiales, soldados y jinetes de cota y espuela. Te describía el contenido de una caja de composición como las que proveen de tipos de plomo a nuestra industria. Capitanes llamaba a las letras del abecedario, los jinetes representaban los números más el cero o cantidad nula, y los infantes sonaban como las ligaduras, letras de tilde, dobles letras y otros signos de regulación que precisa todo lector para seguir el curso conveniente a la lectura. Sin ellos no se comprende el sentido de las palabras y líneas con que se leen los libros. (•†) ¿Los tipos de plomo? ¿Las letras que llenan vuuu...uestras cajas cambiarán el mundo? (†) El mundo y cuanto a este le quepa alumbrar a partir de la fecha que habitamos. A los tipos de plomo aludía, Fabio. Ni mayores que una viruta aparentan a la vista estas letras de metal, mas a ellas corresponderá litigar contra la historia. A nuestro ejército hemos fundido con plomo y esperanza. Y su arma se afirma en el pensamiento que apunta cada palabra mecánicamente prensada sobre blanco papel. Ya se aplica aquí, en esta industria en la que participas. En una sucesiva ocasión, donde veas escrita una de nuestras nuevas letras entiende una posición adelantada. Y cada hoja que complete nuestra prensa tómala como una disputa

en la que tu porvenir sale vencedor. Apercíbete, Fabio, pues aún pocos lo adivinan. Es delgada la prueba y ninguno la mide como debe. Mas temprano habremos tomado ventaja. (•†) ¿Una victoria? (†) ¡Y definitiva! Sin tardanza veremos leerse nuestros libros por centenares y miles. (•†) ¡Oh! ¡Me suena a muchos...! (†) Y en mayor cantidad aún los originará nuestra prensa volviendo comunes y públicos los insuficientes libros que hoy se adormecen como criaderos de polvo en los atriles de suntuosas y herméticas bibliotecas. Los libros que hoy se toman por creaciones únicas pronto serán habituales cuando nuestras prensas los escriban mecánicamente, sin cansancio que doble las rectas letras de plomo ni reposo que precise nuestra recia prensa, como justo reclama para sí el bien probado copista. Más libros ocuparán y alentarán nuevos lectores, más lectores precisarán nuevos libros provenientes de industrias iguales a esta, sosteniéndose el renovado deseo de aumentados lectores. Y recrecerá el número de libros y la variedad y la ascendente exigencia de quienes los lean. ¿Entiendes a dónde apunta nuestra fábrica de hojas escritas mecánicamente, aprendiz? (•†) ¡A un lugar de muchos lectores! (†) Como el grande río se acrecienta con las aguas afluidas de ríos meno-

res, los libros recibirán el acopio de otros libros y las ideas y los pensamientos contenidos en todos ellos se mezclarán de modo conforme a como se confunden las aguas de distintos cauces, hasta ya no distinguir qué aguas provenían de un río y cuáles bajaban de otro. ¿Cavilas qué acontecerá entonces, Fabio, cuando el lector sepa de tantos libros y tan a mano dispuestos? ¿Seguirán intactas nuestras conformidades, opiniones o creencias cuando en muy diversos puntos los nuevos libros las alteren, rehagan o nieguen? ¿Qué paz tomaremos por justa y qué ley se seguirá como fiable? (•) ¡Oh! ¿Y no habrá orden en ese mundo? (•) Y más justo. No te dejes espantar, Fabio. Antes disponte a reclamar tu parte en una mayor promesa. Asoma el triunfo de la diversidad venidera sobre la verdad supuesta de nuestra actual certeza. Nacerá un orden más próximo a cada uno pues vencerá la efusión de las ideas, florecerán nuevos juicios con la expresión de los sueños, la devoción sincera superará el elogio fingido por imposición, las emociones se encontrarán entre palabras sin recelo, ahora guarecidas en corazones precavidos, y la historia ganará ocasión para mostrarse tal como acontece con la verdad que todos merecemos conocer. ¿Qué inconveniente habría en esta fiesta universal? ¿Por un caso

place más que toda opinión posible se ignore o someta solo porque su vasta extensión promete una suerte imprevista? Los libros que las letras de plomo multiplican someterán a quienes muestren su empeño en incuestionados sometimientos, juzgarán a quienes evitan el juicio sobre sus dictámenes y negarán a quienes de continuo hacen de la negación un único diálogo. Despierta la esperanza que el libre albedrío soñaba. Con una nueva hoja escrita, con cada letra de metal a la que se cubre de tinta y se stampa sobre papel, más se aproxima la hora de habitar un mundo diverso. Acojamos pues estas obras de plomo, que vencen al hierro y oscurecen el oro. Flexible se promete su gobierno, multiplique y ocioso. ¿Das en la cuenta, Fabio, del valor que ganaba tu cuidado cuando abrigaste el signo que otro olvidó sobre la mesa? Arrímate una letra de plomo y escucha una voz doblada como el eco. Si combinas las letras, las palabras te poblarán los oídos. Una milicia de letras fundidas en plomo se guarda en nuestra industria dispuesta a conquistar el mundo. (•) Maese Nicolás, ¿y quién la mandará? (•) A buenas te obedecerá si lo reclamas, aprendiz. ¿Te sueñas digno de la hazaña? ¿Sabrías mandarla con sentido? Hoy la letra de plomo se toma por invención delgada, incluso

algunos la creen efímera. Mas no tardará en admirarse su fulgurante e imperecedera marca. Imagínala conmigo, Fabio. (•✚) ¿A nuuu...uestro antojo? (¬I) Como la razón te faculte. Concibe con libre efusión las figuras de este nuevo oficio al que te debes, Fabio. (•✚) ¿Como las que muuu...uestran los escudos de las fachadas? (¬I) Como los reclamos que en la puerta exhiben las virtudes y ventajas de los mejores artesanos. (•✚) ¡Y así se nos reconocerá! (¬I) Con ese fin, Fabio. Nos distinguirán los símbolos de nuestra marca... Me place de primero referir el irrefrenable impulso de esta naciente industria, que pronto ofrecerá su técnica de escritura mecánica a gentes de toda índole, sin reparo de la lengua con que se entienda, ni de la fe que profese, y menos del gobierno que la administre. Conviene servirse para ello de una figura distinguida por cubrir las naciones sin oposición ni traba, una fuerza o criatura a la que no detienen los pasos de frontera, como sucederá a nuestra adelantada industria, cuyo impulso nada obstruirá, llegándose hasta la menor de las plazas. (•✚) ¿Un río vale? (¬I) ¡Original, la idea! Mas al río retiene y obliga su natural cauce. Pensaba en una libertad entera. Quizá un viento nos convenga mejor, siguiendo tu sugerido ámbito físico. A la aérea

fuerza no detiene linde ni intención humanas. Mas intento cavilar la figura de ese viento ideal y no se me anima claro el símbolo adecuado. (•†) ¡Un ave, maese Nicolás! (†) ¡Una cigüeña! De elegante y pacífica figura, recortada contra un fondo de limpio cristal azul. (•†) ¿Con nubes? (†) Blancas y globosas, por encima de su vuelo, como si al ave nada impidiera tenerse altísima. ¿La ves así descrita? (•†) ¡Oh! ¡Creo verla volar! (†) Grabemos en nuestra marca esta primera figura y hagamos símbolo de fábrica su alada libertad. Sígueme, Fabio. Se me despunta ya una nueva idea, harto alusiva al favor principal de nuestra industria, cuyas letras de plomo componen palabras y estas a su vez hojas y luego libros, obras a la espera de un lector sobre el que derramar su abundante provecho. Fabio, imaginemos una segunda figura, símbolo de este alimento del alma que es la lectura, beneficio último del oficio que nos lleva. (•†) ¡Un grande y tierno pan, de los que Manzaneque suuu...ueña encontrarse al despertar! (†) Tente aquí. Fabio, cuando refería alimentar el alma me expresaba en modo alegórico. Me servía de las dichas palabras buscando expresar algo distinto al usual significado. Tu sugerencia nos viene al caso explícita en exceso. Nuestra fábrica nutrirá a los lectores, mas paliare-

mos un género de hambre distinta a la que aflige a Manzanegue cuando se despierta. Con tu idea no se entendería que fabricamos libros sino hogazas y molletas. Distingue la diferencia, Fabio. Así como el poeta se vale de los nombres de las cosas, tal nuestro oficio más se tiende hacia su contorno y su relleno. Debes consentir que se te manifieste el sentido que sugieren las figuras, en unas veces explícito... (•**T**) ¿Explícito? (-**T**) Que se da y entiende con claridad. ¿Lo entiendes? (•**T**) ¡Sí! (-**T**) Unas veces las figuras te sugieren un sentido explícito, te decía, y otras inconcreto o provisto de entendimientos diversos. Atiende el ejemplo que te dicto, Fabio. Si bien la palabra pez te evoca la imagen del acuático animal, a alguno será causa de sugerirle sin falta de razón una resinosa sustancia, aludida por la misma palabra. Igual diverso entendimiento apreciamos en las figuras. Aprécialo en el anterior ejercicio. Ante la representación de un animal pez, el musulmán vería la criatura de agua en su forma y detalle, mas a un cristiano se le revelaría como un signo admirable de la fe que profesa. Fabio, interpreta en su más justa consideración el sentido simbólico que a las figuras añadimos, por tradición, convenio o fortuita consonancia. Y aprende a servirte de ellas para expresar tus ideas cuando a

estas les falten o no les convengan las palabras. Otra cosa no hacíamos cuando buscábamos figuras que grabar en nuestra imaginaria marca. Si volvemos a aderezarla, para la intención que nos lleva precisamos entonces una figura más elemental que tu sugerida pieza de pan, un modelo de más básico y a la vez universal sustento, que según tu alimenticia idea se encontraría mejor en el trigo, antes que en el pan cocido. (•†) ¿Y una espiga conviene? (†) Vale mejor. Mas no una sola, ¡sino abundantes! Nuestra segunda figura será un dorado campo de espigas, símbolo de una nutritiva labor. (•†) ¡Oh! ¡Lo entiendo! Y no comeremos de un solo pan, sino de muchos. (†) De todos los precisos, Fabio. Pues los mismos granos de estas abundantes espigas germinarán en nuevos campos de trigo. De lo que resulta una inagotable fuente de alimento. Nada distinto, sino germinales semillas, son nuestras letras de plomo, de las que resultan palabras como espigas que juntas a su vez forman abundantes cosechas, a modo de nutritivos libros. ¡Se nos redondea la idea, Fabio! Por donde empezó se concluye. La lectura nutre el alma y enseña seguir nutriéndose. Me place esta idea. Y la hacemos nuestra también, como segunda figura de la marca de fábrica que cavilamos. Te la describiré

para que la sientas. Rodéate de un dorado trigal a punto de siega, todo él rebosante de espigas vencidas por su generoso fruto, continuo hasta el horizonte, donde asoma un radiante sol que dora el cielo y lo hace espejo de nuestra fértil cosecha. ¿Lo ves, Fabio? (•) ¡Oh! Hasta casi sentir mecerse esas espigas. ¿Se completó entonces la marca? (•) Falta la última figura. Un puro símbolo de compleja ocurrencia, pues me placería aludir a aquellos a quienes se remiten nuestros libros, de creciente variedad y expectativa. Para representar su grande número pienso en la figura de una bellísima cazadora, ceñida con un cinto de diosa antigua, que dispara con su arco de plata tres flechas a la vez. (•) ¿Tres flechas? ¿Y son muchas esas tres? (•) ¡Mal dije! Descuidé que ignoras el valor de los números. Te lo indico con los dedos de mi mano. (•) ¡Oh! ¿Y le cabe? (•) Cabe a tu figura cuanto consientan las leyes de la composición. No lo olvides, Fabio. Los símbolos derivan de acuerdos y caprichos. Ni le faltó encontrarse con uno en el camino al primero que colgó tres cabezas a un solo dragón. Si se entiende la composición, vale al efecto buscado. Por lo que me basto y tenso en el arco de nuestra bella joven tres flechas iguales, de blanca plata las tres. La primera anhela clavarse en un

corazón. Es la flecha de las letras escritas para quienes leen con el sentimiento, por deleite, desvelo, intriga o pasión, tanto si se escriben en prosa de calle, como en el más musical tono rimado. La segunda flecha apunta a la cabeza, aludiendo a quienes leen por interés del humano pensamiento, pues también se representan las letras que dictan asuntos de filosofía, doctrina, medicina, física y otros géneros de indagación con los que levántese todo afán de conocimiento. Y la última flecha...

(•) ¡Para clavarse en la mano! (•) ¿En la mano, Fabio? ¿Con qué motivo? (•) Si apuntáis a quienes leen con el corazón y con la cabeza, os falta quien lee con la mano. (•) Fabio, me sorprende tu conclusión. ¿A quién has visto leer con la mano? (•) ¡Al oficial Sonseca! (•) No me explico que nadie encuentre en la mano una herramienta para leer. ¿Lo has visto tú o he de creer que alguno se burla de tu ingenua edad? (•) ¡Oh! ¡Varias veces le probé esa postura! Cuuu...uando recita la hoja recién salida de la prensa, el oficial Sonseca apoya el dedo sobre las letras y lee en voz alta. Si detiene su dedo, para él de leer. Mas si lo adelanta de nuuu...uevo, vuelve a recitarse la hoja. ¡No os miii...iento, maese Nicolás! ¡El oficial lee con la mano! (•) Te elogio las sabias razones, Fabio. Tan

buen argumento como los que habitan en coloquio de universitarios acabas de citarme. Encuentro lógico que haya quien aparenta leer con la mano. Pero no sucede en esta forma que crees, Fabio. El oficial Sonseca lee como todo lector, con el ejercicio conjunto del entendimiento y la sana visión. Esta apunta de una en una a las letras escritas en la hoja y tras distinguirlas se las añade al entendimiento, que veloz las agrupa y les encuentra orden y sentido formando palabras entre ellas. Igual exige mi lectura, Fabio, si bien no precisa de mis dedos. Sonseca se asiste con la mano pues le sobró indolencia y le faltó interés en el aprendizaje del ejercicio lector. Y le resulta que del exiguo hábito en la lectura precisa apoyarse sobre la punta del dedo, para no perderse entre las líneas. Por cuanto dices, entiendo que se obliga a mantener el dedo sobre el curso que lee, pues teme extraviarse. Fabio, al contrario de lo que piensas, no se para la lectura al detenerse la mano, sino al revés. Sonseca detiene su mano cuando se traba o duda, lo cual le sobra más veces de lo que merece la correcta práctica de su oficio. (•) ¡Oh! ¡Me confundí! (¬) Fabio, no te avergüence tu conclusión. Rebosaba ingenio y gracia. Y demostraba que de la observación eres capaz de extraer conclusiones revestidas de interés.

Poco debe importarte que esta última sea incierta. Bien merece la tercera flecha simbolizar a los que leen como el oficial Sonseca, con un ojo en la punta del dedo. Pero cambiaremos el sentido que tú le dabas por uno que se me dictó según te escuchaba. Si recuerdas, nuestras tres flechas apuntaban a quienes se dirigen las letras. Simbolizaba nuestra primera flecha las letras que apuntan al corazón del lector, aquellas que lo entretienen. La segunda flecha dedicábamos a las letras que apuntan a la cabeza del lector, aquellas que lo ilustran. Y con la tercera flecha apuntamos a la mano del lector pues conocemos letras que prestan auxilio y servicio en cometidos de índole utilitaria, como las cuentas de un reino, la instrucción de un juicio, los edictos y autos de un gobernador, los contratos entre partes y otros escritos que sin letras nada resolverían y a ninguno harían favor. ¡Se completó la marca, Fabio! Un propio blasón distingue nuestro ejército de plomo. Si te crees capaz para gobernarlo, esperearemos mientras ganas en edad y merecimiento. Hasta la fecha, guardaré en su caja esta letra que has rescatado y evitaremos perderla en una nueva ocasión. (•) ¡Yo puuu...uedo hacerlo! (•) ¿Te cabe, Fabio? ¿Distingues a qué caja pertenece? (•) Se guarda en las cajas que colocáis sobre los anaqueles

de piedra, junto a las balas de algodón. (-I) En esas cajas se guarda. ¿Qué te lo permitió saber? (•F) He visto que guuu...uardáis las letras en grupos de cajas. Un grupo va a los anaqueles de piedra y el otro bajo la mesa de componer. Esta letra pertenece a las cajas de los anaqueles pues sus contornos coinciden con las letras allí recogidas. Sus letras se parecen a las de los libros que a veces os enseña fray Lillo, de esos que no fueron escritos en la prensa. (-I) ¡El tipo gótico! La escritura de los monjes. (•F) ¡Gótico! (-I) Ya hiciste tuyo el nombre. (•F) Fray Lillo prefiii...iere estas letras pues parecen hechas a mano, como las de sus grandes libros. (-I) De nuevo, la razón te acoge. Nuestro tipo gótico se asemeja a la caligrafía de los códices pues nació para simular la escritura de los monjes alemanes. Dime, Fabio, ¿sabes a qué caja del grupo pertenece? (•F) ¡A la menor! (-I) Me asombra este acierto. (•F) Solo la caja más pequeña guuu...uarda letras con puntas. ¡La letra que hallé las tenía de mucho filo! (-I) Se trata de remates que imitan los trazos de la caña al levantarla del pergamino el copista, entretanto escribe. Alguna Biblia notable se fabricó en mi ciudad natal con una letra similar. Ganaste un merecido elogio al reconocerla con tan fina atención. Mas a pesar de no haber recibido

lecciones de lectura y escritura, has separado los tipos de plomo según unos imitan la célebre caligrafía a mano y otros una distinta razón. ¿Sabes qué imitan esos tipos, los que se recogen en el grupo de cajas bajo la mesa de componer? ¿Conoces el nombre de esas letras, Fabio? (•†) Las llamáis romanas. (†) ¡Italia se abre al viajero lector como un libro de ilustres letras! (•†) ¿Un libro esa Italia? (†) No, Fabio. Un lugar, una lejana tierra cuyas ciudades y villas recorre el viajero como hojas de libro. Y entre las nuevas líneas, los vestigios del glorioso Imperio Romano asoman con creciente ruina. Parecen iguales en su malograda apariencia, mas cada piedra antigua se distingue de las recientes por escribirse en aquélla un elogio a la victoria, una memorable hazaña, un epitafio breve, una palabra o sola una letra si a más no llega. (•†) Vuestras letras romanas, ¿se escribían antes en las piedras de aquella Italia? (†) Y en muchas se mantienen aún escritas y legibles sin dificultad. Sobre dura piedra dictó el calígrafo romano la prueba de su paso hacia la historia. El dificultoso tipo gótico nació cual reflejo del gesto. Imita la pluma y la acción que desliza su carga de tinta. Pero la letra romana evidencia la perfecta idea del geómetra. (•†) ¿Del gee...eómetra? (†) Aquel que

mide las figuras, Fabio, sabe de sus leyes y les advina la proporción. Otra cosa no debemos llamar a las letras, sino excelsas figuras. Y entre estas, ninguna superior a la romana, perfecta idea del geómetra, te decía. A esta ilusión se debe su forma, a pesar de hallarla escrita en la piedra. (•T) ¡Qué difícil escritura! (•T) ¿Mas crees que fue la mano del cantero la que escribió cuando el cincel se apoyaba en la piedra? ¿Qué podría entonces convertir el pulso y el golpe en tan elegante trazo? No, Fabio. Nació la letra en la intención del escribiente pues la forma del signo se le esbozaba en el pensamiento antes de esculpirla en la piedra. La letra romana surge de una concepción y no del gesto de la mano. A la forma romana pulió el relevo incesante de centurias y canteros. Cada día mejor construida la arquitectura de esta letra, más exactos su detalle y su perfil, más digna y útil para la lectura. Por toda Italia se ofrece de balde un abecedario concebido para la gloria de caudillos y senadores. Pero hoy se esparce su largo privilegio al alcance de todo lector. Su sola letra justifica al pueblo romano ante la atención de los siglos. (•T) ¿Vuestras letras romanas sirviii...ieron antes a un imperio? (•T) Mas a todos favorecen en nuestra fecha. ¿Conciben mayor fortuna quienes heredan la historia? Disfruta unas

letras como estas que mis cajas te muestran, aprendiz. Nada más sublime y perfecto que su forma de compás y escuadra. La letra romana evidencia el pensamiento previo a la práctica de lo pensado. Nace de una idea y de un diseño. No es escritura sino geometría y cálculo. Sus líneas y curvas se refinan con sutileza para aligerar la envoltura del trazo, orientan como guías la visión en el sentido de la lectura. Los precisos remates de cincel limitan el signo en la mirada, como cornisas grabadas por un duro golpe sin vacilación. Líneas, círculos y ángulos. Formas universales, esencia del entendimiento parecen estas letras concebidas en antigua época para el conocimiento de los imperios futuros. Gracias a la letra perviviremos todos. ¡Qué leve grandeza! Como tú, Fabio, que te alzas cual una letra de plomo pues en tu edad temprana albergas futuro y esperanza. Solo dependen estos de quién te cincele. Te mostraré un cosa. Acércate un poco, Fabio. Sin que te perciban los demás, mira con discreción la pieza que saco de mi bolsillo. (•†) ¿Es una letra? (¬†) Un signo de escribir. (•†) ¿Viene de Italia? (¬†) No, Fabio. La pensé y la fundí de joven. (•†) No se parece a otras. (¬†) A ninguna debe parecer. (•†) ¿Y tenéis más como esta? (¬†) Todos los tipos necesarios a la composición de

moldes. (•) No he visto libros escritos con ellos. (-) Los guardo con celo. Nadie los ha visto jamás. (•) ¿Y qué se cuuu...uenta en ellos? (-) Fabio, esta letra pasa en silencio lo que escribe hasta hoy. Nadie sería capaz de comprender las palabras y los libros que componen tales signos. (•) ¿Y dónde están esos libros? (-) ¡Preguntas en exceso, aprendiz! Tu pequeño entendimiento reclama sabiduría en igual medida que tu corazón pide saciar su curiosidad. No conviene detener más nuestra mañana. Algún día sabrás qué escriben estas singulares letras. Ahora acompáñame a gastar en mejores compromisos las horas que nos quedan. Las doce ya dio. Buena hora espera.

*	N	A	R
”	I	R	A
fil		C	I
?	S	O	N

Si se atina al decir que cada lector comprende una

cosa en lo leído, no menos cierto resulta que todos suelen ver de idéntica manera las letras que leen. Al lector habituado los signos de escritura parecen básicas siluetas, apenas ida y vuelta de un trazo al que anima alguna ocasional intersección o un adorno marginal, tangente o exento, letras cuya elemental factura ayuda a recordarlas para siempre tras unas breves y mantenidas lecciones. Pero a este hábito general de lectura, maese Nicolás añadía la virtud ingénita de recorrer con la visión la figura de la letra en tanto se la leía, de punta a cabo en todo su complejo detalle, con un preciso examen del que ninguno se percibía mientras aquél sobrevolaba veloz los signos escritos en

la hoja sostenida ante la mirada. La técnica del punzonado de tipos lo adiestró a revelar los pormenores de todo contorno posible, generoso alguno en giros, combas, virutas, recodos, puntas o torsiones, con lo que aprendió a sugerirse y gozar en las letras su rico perfil, insospechado para el resto de lectores, resultando de tan virtuosa percepción, que maese Nicolás disfrutaba los libros viéndolos a la vez que los leía. Durante las pausas que se repetían entre tareas en la industria de escritura, a maese Nicolás solía entretenerlo revisar los libros tiempo atrás fabricados, de los que por costumbre gustaba guardarse al menos un ejemplar. Lo satisfacía la comparación de los viejos y los nuevos libros, que se fabricaban con mejora de los anteriores por una más airosa composición del molde que escribió sus hojas o un mejor equilibrio en el efecto de la prensa, razón del negro uniforme que bien merece todo lector. En ocasiones maese Nicolás descubría en el viejo libro errores que lo entristecían, como letras en mal dispuesto orden o espacios excedidos entre palabras con los que topaba su lectura infalible, al momento detenida de abrupta manera, y tras valorar la falta se lamentaba sobremanera del yerro que no supo advertir antes de industrializar la obra y cederla al público. De doloroso modo tomaba revelársele en el libro la presencia de una letra rota o desnivelada, amenaza de un continuo daño pues daba en suponer que se repetiría en otras hojas fabricadas en posterior obra. Maese Nicolás consideraba este un grave quebranto aunque no lo percibiera el lector, que en el curso de la lectura se demues-

tra capaz en completar el rasgo roto o enderezar el defectuoso sin que se le altere el sentido de lo que lee. Pero comprobada la falta, a maese Nicolás lo dominaba un tan rabioso enojo, que se urgía a revisar sin tregua el cajetín donde suponía oculto el tipo imperfecto. No le importaba que de algunas letras de plomo se contaran centenares de piezas. A todas revisaba con minucioso examen hasta descubrir el tipo afectado. Y entonces lo ponía en alto para que todos en la industria lo viéramos, como si al mundo se le hubiera librado de un mal presagio con solo apartar para siempre de futuros moldes de escritura la letra y su tara perjudicial. Los años afortunados que viví con maese Nicolás sobraron para dejarme como propios la manera, la intención y el verbo de aquél durante los siglos siguientes, tan satisfechos por la ventaja y el beneficio de la nueva industria de escribir, que en la práctica del oficio apenas me salí un punto del curso por donde la guiaron los primitivos fabricantes de libros. A la novedosa técnica de escritura mecánica conformaban los abecedarios de plomo, recogidos en cajas y con abundancia de los signos más usuales, fueran letras, tildes, ligaturas, barras o gracias, a todo lo cual se sumaba una prensa de brazo con la que apretar el blanco papel contra los moldes compuestos con los sobredichos tipos de metal. Con anticipada visión, los primeros fabricantes de libros se auguraron la atención de un creciente número de lectores a los que urgía abastecer, en un tiempo que conocía su antes insospechada ignorancia y a la vez el remedio cercano de la lectura ya disponible, volviéndose

negocio precioso lo que solo unos años antes se originó tras la cavilación recóndita de un inspirado orfebre maguntino que entendió mejores oportunidades en la fundición de letras de plomo, que en el labrado de candelabros de plata. No tardó en comprobarse la eficiencia del reciente método mecánico, cuya presteza en el arte de escribir amenazó con acabar para siempre con la secular tardanza de los copistas manuales, con razón recelosos cuando necesitados artesanos alemanes, maese Nicolás entre ellos, en vilo por asegurarse el diario sustento, se hicieron con los entresijos de las técnicas del tallado de letras y el prensado de pliegos y se repartieron como un viento urgente por villas y plazas distantes, a cada uno de los cuales lugares llevaron la nueva promesa de su oficio ambulante. Pero mientras maese Nicolás cruzaba Italia cargado con varias cajas de letras metálicas de similar traza a la escritura de los monjes que en su tierra copiaban breviarios y misales, los punzonistas italianos se gozaban de balde con una lección de escritura magistral gracias a las inscripciones pobladoras de arcos triunfales, lápidas y estelas conmemorativas del Imperio Romano, en cuyas letras encontraron un perfecto modelo con que grabarse los originales punzones y matrices y luego fundir en estas los incipientes tipos de plomo italianos, copiando sin recelo ni queja los trazos cincelados por el cantero romano sobre la piedra monumental, recibidos siglos después con la misma complacencia y suerte que goza quien gana de sobra lo que se encuentra con solo tender la mano. Como una mantenida evocación de su aventu-

ra en Italia, maese Nicolás gustó siempre de llamar romana a esta perfección de escritura. Pero los fundidores italianos, incluidos los de Roma, preferían gastar el nombre de escritura en tipo redondo pues lo distinguían sobremanera las elegantes y airosas curvas de muchos de sus signos, con notoria evidencia distintos a las letras fundidas por los primeros punzonistas alemanes siguiendo los manuscritos originales de los códices medievales, en cuyas líneas de escritura abundaban filos y aristas de picudas letras, constancia de la pluma que las inspiraba, y las curvas apenas se requerían para capar un ángulo o alzar un adorno de gracia. Con el solemne tipo redondo o romano dispuesto a reformarse en letra de plomo para la prensa, los primitivos fabricantes italianos de libros concertaron añadirse una letra minúscula vista desde antiguos tiempos en ilustres manuscritos, con el cual añadido completaron un modelo de letra propio que nuestras prensas posteriores convertirían en signo de habitual lectura durante siglos. El lector tiene una prueba en estas líneas, de muy similar apariencia a la que se exhibía en las primeras obras italianas fabricadas a la manera mecánica. Ante la probable ignorancia, al lector aseguro que viene leyendo sobre un tipo romano, con nombre y dignidad de cardenal, apenas tallada y fundida unos años después de la estancia de maese Nicolás en Italia. Concédase el lector el premio de admirar la letra mientras lee. En la fecha referida renacía en Italia la admiración por la época antigua. Y a la par ganaban predilección en maese Nicolás las letras del Imperio Romano y nacía